



Zacatecas.

VII

LA RETIRADA DEL SALTILLO Á ZACATECAS

Con el glorioso cadalso de todos los principales caudillos iniciadores de la independencia, seres abnegados y tenaces que habían sido el activo y poderoso espíritu de la insurrección de los mexicanos contra el déspota poderío español, hubo de creerse por un momento en que todo había terminado en un infecundo aborto y que de nuevo más potente que nunca continuaría la dominante altivez insolente de los virreyes, del alto clero, y de las clases privilegiadas, señores feudales del siglo XIX... ¡Trágico eclipse!...

Los grandes cerebros directores de la revolución habían sido aniquilados en el Norte... y la sangre de Allende parecía poner rojo punto final al trágico capítulo de la iniciación de independencia en el sufrido reino de Nueva España.

Mas no fué así. Una revolución como la iniciada por Hidalgo, tenía causas profundas y lóbregos antecedentes en el mismo pueblo, en las mismas clases productoras de la Colonia, servilmente explotadas y ultra-

prontos por supuesto á la defección en cuanto la suerte cambiase, ó á vender la causa á sus enemigos; en fin, purificando severamente aquellos grupos... que principiaban á aparecer ya como cuerpos constituidos...

No debemos olvidar que estas cualidades de organización y disciplina en un ejército perseguido y en derrota, retirándose por desiertos sin agua, hacen de un general un héroe... por esto no deben confundirse las tumultuosas fugas con las magistrales retiradas...

Distingamos. En 1812, en Rusia, el Gran Ejército de Bonaparte se dispersa, confunde y emprende la fuga... pero la vieja Guardia y algunos batallones y regimientos seleccionados entre los más duros oficiales, verifican una asombrosa y bravía retirada, sosteniendo *la fuga* de lo que fuera el Grande Ejército Imperiall...

El 26 de Marzo deja Rayón el Saltillo; destaca al frente una vanguardia de buenos jinetes, criollos fieles, armados de machetes y viejas pistolas; haciendo avanzar exploradores á los flancos á grandes distancias, escalonándose, pues pululan las fracciones enemigas que á su vez destacan las tropas del Norte en persecución de los insurgentes.

Ya previamente han sido ocupadas, del Saltillo á Zacatecas, por los realistas, cuantas haciendas y rancherías pudieran servir de acantonamiento á los de Rayón, cegando los pocos manantiales aguajes del camino... con la convicción de que sería imposible que ninguno llegase á Zacatecas.

El noble caudillo sabe esto; pero no desmaya; ni siquiera á su secretario ni amigos comunica tan desconsoladoras noticias.

— ¡Estamos mal aquí; vamos á vivir en Zacatecas

bien!.. ¡Los echamos y nos hacemos de más gente y de más recursos... adelante, muchachos...!

Y principiaron las terribles jornadas : en Agua Nueva y en el Carnero se presentan guerrillas enemigas que pretenden darle carga, mas las pone en fuga el excelente pelotón de jinetes del Norte con sus lanzas y reatas.

El 1º de Abril el jefe realista Ochoa, el mismo que cooperó á la ignominiosa celada en que cayeran los invictos primeros caudillos, se presenta altanero á cerrarle el camino de Zacatecas formando dos mil hombres en línea de batalla muy extensa y tras ella una columna de reserva de novecientos hombres, mientras un escuadrón de cien va á rodear los cerros á retaguardia del exiguo convoy de Rayón.

Éste, bien advertido por sus exploradores, no se deja sorprender... se sitúa en las faldas de varias lomas en zig-zags, poniendo en los flancos lo mejor de su artillería, y en el centro é intermedios las secciones de infantería y piquetes de caballería.

Comprende que debe por su inferioridad permanecer á la defensiva, esperando un instante en que se hagan claros en el frente enemigo para tomar la ofensiva *metiendo una buena cuña* de caballería para destrózar en varias fracciones al enemigo, envolviéndolo.

Así fué, aunque no sin terribles incidentes.

Los realistas vieron que la derecha de Rayón, mandada por el bravo Torres, era el punto más débil y llano, y que podía en ese rumbo la caballería pesada dar cargas excelentes... Así es que acometieron aquéllos con un denuedo tal á los gritos de :

— ¡ Á ellos! — ¡ Viva el Rey! ¡ Á ellos! que cejó la

caballería insurgente no pudiendo poner en salvo á fuerza de reatas todos los cañones de la batería que guarnecía aquel flanco... Rayón, con lo mejor de sus reservas en el centro, estaba á la expectativa y ya se disponía á reforzar la derecha amenazada por el mismo Ochoa, cuando ve que ya están sobre su retaguardia los dragones realistas que intentan llevarse los carros de equipajes... Al frente de la mitad de sus lanceros, Rayón va contra los victoriosos, y con gran algarada los espanta; tornan los honderos-peones á su línea; y á su vez envuelven á los dragones á cuyos caballos hieren en los hocicos; hay confusión y desorden en los realistas y triunfo para los insurgentes en el ala izquierda... Torres entonces los persigue en tanto que allá, desde la cima flanqueadora de una loma, Don José María, hermano de Rayón, que manda una pequeña batería en aquel baluarte natural, enfila á los fugitivos, quienes abandonan no sólo lo que habían tomado sino sus mismas piezas, huyendo del campo de batalla... Los jefes realistas se han aglomerado en el ala opuesta tratando de envolver por aquel punto; pero destrozada la izquierda el centro ceja... falta de apoyo... El General insurgente arenga en tres frases épicas á sus jinetes del centro, aún intactos, y de súbito los impulsa con tal brío y al estruendo de tal tempestad de triunfo hacia el ala donde el combate le es adverso, que Ochoa no espera la acometida y ordena la retirada, la cual se ejecuta en dispersión, abandonando también los cañones ganados, mas llevándose por desgracia los carros de las odres de agua — más preciosas aún que aquéllos.

Sin orden de su jefe, la caballería victoriosa inició una carga sobre los prófugos; pero Rayón tuvo que

impedirla enérgicamente al grado de imponerse pistola en mano á la persecución.

¿Por qué no se persiguió al enemigo que huía en plena derrota?... ¿Por qué no se hizo mover nuestra caballería, casi fresca en buena parte, contra Ochoa, que se llevaba la remonta insurgente y los carros del agua?

Claro que un golpe decisivo sobre la retaguardia enemiga, confusa, en retirada, hubiera sido el postrer aniquilamiento de los realistas; pero téngase en cuenta, y en esto va un elogio á la prudencia de Rayón, que éste no tenía ya reservas, que no tenía agua — más preciada en aquellos desiertos que el oro y la pólvora — y que la caballería en la persecución moriría de fatiga y de sed... ¿Tomar el agua al enemigo?... ¡Imposible! caso de verse amagado de quitársela, hubiera mandado romper las odres y aquel líquido precioso hubiera ido á evaporarse en los arenales ingratos de aquellos desiertos...

Tal fué la acción de Piñones, primera decisiva de esa memorable retirada triunfal — ¿por qué no? — del ya temible caudillo Don Ignacio Rayón.

Lo más notable de este combate, de esta pequeña y fiera batalla, fué la serenidad del jefe insurgente, su golpe de vista cuando determina cargar y lo ejecuta en el momento preciso que marca la táctica: cuando el enemigo vacila y momentáneamente está sin sus apoyos — en ese instante tomó Rayón su columna de infantería central de quinientos infantes, y fué cuando lo mejor de sus reservas, ochocientos jinetes, los distribuye en alas de cuatrocientos y á su voz de ataque los empuja briosamente!

De nuevo admiramos al prudente jefe, al táctico

sereno, — impávido combinador á la expectativa, — y arrojado y valerosísimo capitán que carga al frente de lo más granado de los suyos para dar el golpe de gracia á su adversario! Éste dejó en el campo cuatrocientos muertos, dos cañones de á cuatro, armas y buena cantidad de parque.

Con esta victoria quedó en gran parte abierto y casi libre el camino de los insurgentes hacia Zacatecas. Pero aún ¡cuántas siniestras jornadas que recorrer por los áridos desiertos, teniendo por perspectiva la horrible muerte de sed ó la del plomo realista al atacar la anhelada ciudad!

Pero Rayón, habilísimo y enérgico, logra convencer y fortalecer los ánimos flojos, y emprende valerosamente el camino, después de quemar parte del precioso equipaje, los carros y coches; y enterrar los cañones quitados al enemigo, en una barranquilla próxima á Piñones, por no haber bestias que cargaran con todo ello.

Atroces fueron esas jornadas bajo un sol africano en un país devastado y tristísimo, sin la sombra ni la alegría de un árbol, de ardiente y requemado suelo... ¡Ah! la infeliz, la siempre heroica, sobria y sufrida tropa mexicana ha sabido muchas veces, con harto dolor, lo que son esas angustiosas jornadas sin rancho, sin sueño y con atroces fatigas y festinaciones de marchas forzadas á través de ingratas selvas ó de empinadas y ásperas montañas, serpeando por entre agrias sierras... ¡ah! pero bien sabe esa valiente tropa que todo, absolutamente todo, se puede soportar ¡menos la sed!

¡ Ah, la sed!... ¡ La sed!... Tenerla, estar fatigado, sudoroso, en un ambiente de horno, empolvado, con

la boca seca y blanca... los ojos enrojecidos, vacilantes y lacios los miembros!... ¡ muertos de sed y sin agua!... ¡ Eso se llama el infierno!

Vosotros lo sabéis, valientes oficiales, bravos veteranos que leéis estas líneas de pura descripción de campañas gloriosas de otros días, vosotros lo sabéis... ¿ qué cosa peor y más abominable en las marchas forzadas, bajo el sol implacable y en terrenos calientes y secos, polvorientos y blancos, qué cosa peor que la sed?

Ahora bien, el ejército de Rayón continuó sus atrevidas jornadas sin agua, dejando pavorosa estela de cadáveres ó de desesperados enfermos, insolados que era preciso, fatalmente preciso, dejar allí abandonados... pues no había acémilas, ni hombres que pudieran cargar con ellos...

¡ Cuántas veces muchos se mataron para evitar las torturas de la sed! ¡ Cuántos pedían la muerte de manos de sus hermanos de armas como una gracia, como un favor especial!

Cuando el triste ejército solía divisar allá, en las lejanías del horizonte la alegre y fresca silueta de alguna arboleda... ¡ qué tumulto en las masas! — todos gritaban: — ¡ Agua! ¡ Agua!... y corrían sin atender á su formación, ni á las voces de mando de los jefes... todos corrían hacia el manantial soñado y allí se disputaban el agua á sablazos — ¡ y la bebían mezclada con la sangre de sus hermanos!

Una ocasión, ante una noria que había cerca de un lugarejo, fué tal la lucha de la soldadesca por aproximarse á beber, que hubo un serio combate á mano armada y, por fin, la baranda de piedra cejó desmoronándose sobre la noria, y tras el combate en que

hubo cadáveres y heridos, tras de la refriega atroz, nadie pudo beber... ¡No había más que sangre!

Á medida que morían las bestias, se enterraban ó quemaban los carros con provisiones.

Así es que no debe causar extrañeza que en aquel improvisado ejército cundiera el desaliento, la insubordinación, la cólera y la deserción en las filas, dando triste ejemplo de ello, jefes y oficiales.

En aquellas espantosas jornadas de prueba, se mostró más alto, más enérgico y más firme y prudente el genio del invicto Ignacio Rayón.

En el paraje llamado *Las Ánimas* la exasperación no tuvo límites, y Ponce, uno de los tenientes principales, promovió un motín atroz en el que se instaba á su jefe para que desistiendo de la empresa se acogiesen todos al indulto que por entonces ofrecía el Virrey á los insurgentes que cesaran en la lucha contra su gobierno.

Rayón, perfecto conocedor del arte de la guerra que subdivide en política, organización — administración — estratégica y táctica, tuvo que ser político con su revuelta tropa... hizo aparentes concesiones, les enreda y convence de que trata del bienestar general... y ya calmados los ánimos, siguen adelante todos, procurándose así varias jornadas de calma, aunque de positivo sufrimiento.

Procurando siempre cubrir sus flancos y retaguardia con guerrillas destacadas, tuvo que sufrir reveses trascendentales como cuando, en un combate cerca de un desfiladero, Garduño, oficial insurgente, cae en poder del coronel español Larráinzar, quien, faltando á toda caballería, manda azotar á Garduño — ¿no merecía este acto atroces represalias?

Á un flanco del camino que sigue Rayón, á algunas leguas se encuentra la hacienda de San Eustaquio... donde ¡oh dicha! se asegura que hay agua abundante para hombres y bestias.

¡Entusiasmo delirante en el ejército sediento!... ¡Á San Eustaquio!... ¡Á San Eustaquio!... exclaman todos... Pero el general, sereno y digno, contiene tales ímpetus, diciendo que la hacienda está defendida por el mismo menguado Larráinzar con trescientos realistas muy bien armados. Entonces se dispone un furioso ataque á la hacienda, escogiendo los más valerosos jinetes; armándose con buenas pistolas y los mejores sables y lanzas al mando de Don Juan Pablo Anaya, para que en igual número carguen sobre el casco de la finca, poniéndose el ejército á la expectativa de la acometida, para apoyarla en el triunfo ó cubrirla en su retirada.

Anaya era tan astuto como valiente, de suerte que sin pérdida de muchos insurgentes cargó sobre la hacienda de San Eustaquio poniendo en fuga su guarnición.

Allí, con gran algazara, pernoctó el ejército, proveyéndose de agua, ganado, maíz, sal, chile y otras provisiones y dinero de enemiga procedencia.

Más reforzadas siguieron las tropas, lo que no fué obstáculo para que el vil Ponce, que fungía de Cuartel Maestro con doscientos hombres de descubierta, en la jornada siguiente, abandonara el campo, pasándose al enemigo en solicitud del indulto.

En campañas tan terribles como la que vamos describiendo á grandes rasgos es tan decisivo y magnífico el ejemplo del valor, la audacia ó la serenidad ante los fracasos y desastres, haciendo seguir aun á los más

pusilánimes ese ejemplo en virtud de admirable sugestión en las masas electrizadas, como funesto y tristemente desorganizador el de los cobardes que manifiestamente faltan á su deber como soldados y á su dignidad de hombres.

Tal pasó con la deserción de Ponce en el ejército de Rayón : otros oficiales y soldados le imitaron, siendo preciso que aquel valiente Torres y otros bravos jefes emplearan su proverbial energía para reducir al orden y á la disciplina aquel mermado y fatigadísimo cuerpo tan maltratado en las penosas jornadas por los desiertos áridos del norte.

En la hacienda de Pozo Hondo el 11 de Abril, — jueves santo — se dió descanso á la tropa en tanto que el jefe Sotomayor, con quinientos hombres, avanzaba en marchas nocturnas y misteriosas, con todo género de hábiles precauciones, á sorprender la villa y punto fortificado por los realistas, de Fresnillo, lo que consiguió con todo éxito.

En la hacienda del Bañón son destacados los bravos Rosales y Anaya á reconocer cautelosamente la ciudad de Zacatecas, en tanto que el grueso del ejército acampa en el colegio de Misioneros de Guadalupe, á una legua de la población.

Rosales es contenido en Matapulgas y Pánuco por una partida enemiga que lo pone en dispersión; mas el infatigable general Torres va á socorrer á su compañero con buenos jinetes, los que envuelven á los perseguidores realistas; se entabla dura refriega y éstos á su vez son perseguidos hasta el cerro del Grillo donde toman posición los insurgentes de Torres.

Liceaga, que intenta otro reconocimiento, tiene que batirse cerca de la Bufa, donde pensaba acampar

Rayón, y pierde tras reñidísimo combate toda su gente, regresando á Guadalupe sólo con un tambor.

Con estos percances, las tropas de Rayón, de tres mil quinientos hombres con que salió del Saltillo, se habían reducido á menos de mil, mas para sorprender á Zacatecas, hizo entrar en las columnas mujeres, niños, sirvientes, bestias arrastrando troncos de árbol, mantas y carros, figurando que sus tropas eran compactas y de gran frente y profundidad.

Mientras una guerrilla entretenía á las que destruyeron á Liceaga, Torres, en el Grillo, no teniendo artillería para atacar por ese rumbo, ni provisiones para su tropa, manda pedir esto á Rayón y como recibe la respuesta de que como no lo hay lo tome al enemigo, carga sobre él con denuedo y desesperación, gritando á su gente :

— ¡ Mejor moriremos peleando y matando gachupines, que de hambre!...

El teniente coronel Zambrano mandaba en el Grillo las fuerzas realistas que no esperaban tan formidable agresión, y que fueron arrolladas por Torres.

Y, en efecto, bien había dicho éste : los independientes se hartaron en el campamento enemigo, tan bien conquistado; apoderándose de su excelente artillería... ¡ Nuevo ejemplo de lo que puede, en terriblemente críticas circunstancias, la voz de un jefe valiente y sagaz, que sabe sacar partido de la misma angustia y desesperación de sus tropas!

Bien sabido es ahora el ejemplo clásico de Bonaparte á su pobre ejército que va sobre la Italia : ¡ Soldados : no tenemos nada, pero el enemigo tiene todo... ¡ Se lo quitaremos!

El humilde Torres no sabía acaso la legendaria

anécdota, pero la superó con más brío y más nobleza de miras.

El botín fué espléndido : abundantes víveres y municiones; seiscientos fusiles, quinientas barras de plata; acémilas, caballos y algunas piezas de artillería que asestó luego sobre sus antiguos poseedores, amén de obtener archivos, valores en papel y gran correspondencia militar que fué luego utilísima.

Zacatecas, después de haber sido abandonada por los insurgentes, fué fortificada por los realistas como importante plaza, atalaya avanzado hacia los amplios desiertos del Norte. Sé le puso una guarnición de cerca de dos mil hombres disciplinados, lo que en aquella época y en aquellos parajes era demasiado.

La llave de la ciudad estaba en el punto dominante del Grillo, donde Zambrano tuvo que retroceder dejando abierta la entrada de Zacatecas, mientras él acosado y molido se retiraba á Jerez, distante diez leguas de la ciudad.

Después de estos brillantes preliminares, prófugo el resto de la guarnición realista, el 15 de Abril de 1811 entra en Zacatecas, triunfal, sereno y noble ante sus tropas, al vuelo de campanas y esquilas, saludado por el pueblo, el valiente y genial Ignacio Rayón, tras de una memorable retirada, — página de gloria en los anales militares mexicanos.

¡Retiradas como éstas equivalen á muchos triunfos... significan el crédito de un ejército y son el renombre súbito y épico de los que antes fueran humildes y oscuros capitanes!

¡Ciento cincuenta leguas á través del desierto, sin víveres, sin agua, sin municiones, pasando sobre las filas enemigas robustas y densas, derrotándolas por el

arrojo y la astucia, tomando agua en los escasos manantiales bajo el fuego adversario, conteniendo los jefes el pánico, el cansancio, el desaliento, la deserción y el motín en las duras jornadas sin rancho, teniendo tras sí las lanzas del Norte y en frente los cañones del Sur, retirarse así durante ciento cincuenta leguas, haciendo quince días con más combates para caer sobre plaza fortificada y defendida por doble número de hombres, frescos, bien armados... ¡Oh! ejecutar esto!...

¡Solo el sitio de Cuautla, en la misma guerra de Independencia, supera la gloria de esta retirada triunfal!



jadas en sus más caros intereses, heridas en sus más legítimos orgullos, para poder ser aniquilada y muerta en un instante, aunque fuese por golpe tan contundente y formidable como el que daba el realismo dominador español, dando muerte á los primeros campeones, arrebatándoles sus fuerzas, debido á nefanda traición como fué la que el maldito Elizondo combinara para venganza de su mezquino y vil orgullo y al par por contentamiento de sus aviesas miras de sórdidos intereses.

No... no había expirado la causa de la Libertad... Morelos en el Sur ya mostraba, como lo vamos á ver, un genial talento improvisador de ejércitos, generales y adalides, marchando de triunfo en triunfo por entre las agrias sierras, admirable estratega de una energía magna y de un valor á toda prueba. Pero á principios de 1811 aun no inspiraba serias inquietudes al gobierno virreinal.

Pero en el Saltillo quedaba un terrible caudillo improvisado como todos, pero magníficamente dotado para dirigir dilatadas campañas, Don Ignacio López Rayón.

Era el secretario particular de Hidalgo y en Guadalupe le fué conferido el título de Secretario de Estado y del Despacho en el gobierno insurgente, acompañando á los caudillos iniciadores durante la batalla de Calderón, en la que, previendo el desastre, tuvo la prudencia de salvar los caudales del ejército, cerca de trescientos mil pesos, llevándolos á Zacatecas escoltados por buenos guerrilleros, para conducirlos luego hasta el lejano Saltillo.

Los jefes independientes determinaron una formal retirada hacia el Norte, pues ya el interior, ocupado

por fuerzas realistas, pertenecía de hecho á la causa del antiguo régimen. Las tropas virreinales más y más robustas, con más pertrechos de guerra que enviaba desde el centro el virrey y con más crédito desde los últimos fracasos de los independientes, provistas de víveres, bien remuneradas, con instrucción y severa disciplina, mandadas por el talento militar y la energía del brigadier Calleja avanzaban hacia el Norte en fracciones, amenazando por el Occidente ir á rebasar la columna en retirada de Hidalgo y Allende, estrechando en lo más intrincado de las sierras las guerrillas fieles de algunos cuantos bravos insurgentes, quienes por desgracia, sin que pudiera ser de otro modo, obraban sin concierto ni dirección hacia determinado objetivo. Agréguese á esto que las primitivas operaciones en el Sur, ejecutadas por Morelos y los que principiaban á seguirle, no estaban aún en armonía y relación con las que emprenderían las fuerzas del Norte en el Saltillo.

En esta villa fué donde se le confirió á Ignacio Rayón el grado de General, dejándolo en ella con gran parte de las fuerzas y de los caudales mientras los capitanes iban á los Estados Unidos en pos de sólido auxilio.

Después de la infamia de Elizondo, Rayón, en el Saltillo, aun sin tener noticia de ella, la adivina al recibir supuesta orden de Allende para entregar las tropas al mismo traidor.

Entonces surge el hábil, el práctico, el enérgico y general militar... Rayón, abogado antes, se transforma en jefe... pero no en mediano y vulgar capitancillo capaz de batirse hasta morir al frente de cien ó doscientos hombres; no, sino en un duro y fiero paladín,

con el complicado genio de organizador, estratégico y táctico y aun político que debe caracterizar á todo comandante de fuerzas, que debe operar en retirada contra muy superiores tropas, sin elementos aquél, y éstas teniéndolos en abundancia, ocupando un vasto país...

Ahora sí... ahora sí vamos á ver lo que es una magnífica operación militar, audaz y bien meditada, precisa y táctica, ejecutada por un general bisoño, pero por ello, más admirable aún!...

El tránsito general Iriarte, que, ya acompañaba á las tropas de Hidalgo, ya se pasaba con las de Calleja para instruirle de todo... que malversó los caudales de la insurgencia, escapa — seguramente por tratados secretos — al lazo del vil Elizondo, y vuelve al Saltillo con mil y tantos hombres sin duda para vender las divisiones de Rayón. Pero éste sagaz y sobre aviso acerca de la conducta de Iriarte, queriendo hacer saludable ejemplar, lo sujeta á un consejo de guerra que condena á muerte al venal Iriarte.

Las tropas de Calleja, cerca de cuatro mil hombres, las de Durango y destacamentos de Coahuila con las mismas de Elizondo, van apretándose en arco en torno del Saltillo para cazar á Rayón y los suyos con los tesoros principales del extinguido ejército de Hidalgo y Allende... Rayón, aislado, sin comunicaciones ni viveres, en una población pobre y no defendible, comprende que tiene que escapar del cerco de hierro que estrechan sus enemigos.

¡Terrible problema!... ¿Hacia dónde huir en aquellas estériles llanuras, en los desiertos áridos del Norte entonces pavorosamente despoblados de toda vida?

Allí llegaba una avalancha que le aplastaría; del Sur

ascendía lentamente otra... y de Occidente las fuerzas provinciales de Durango avanzaban sobre él.

Tuvo un rasgo de audacia y genio : dirigirse hacia Zacatecas, sin agua ni bagajes suficientes, abriéndose paso á través de las tropas realistas.

Constaban las fuerzas del General Rayón de las que le dejaron Allende é Hidalgo, de las de Iriarte y de los dispersos de Acatita de Baján, haciendo un total de tres mil quinientos hombres mal armados en su mayor parte y veintidós cañones al mando de los jefes Torres, un valiente y leal caudillo; Villalongín, espléndido y audaz guerrillero; Amaya; Arista, un menguado bandido que desertó á la hora del peligro; Rosales, bravo capitán; Ponce, otro vil desertor que intentó acogerse al indulto del Virrey, y José María y Francisco Rayón, hermanos del General.

Éste, con gran energía, antes de partir desarmó las tropas de las milicias provinciales que le habían jurado ser fieles; pero de los que sospechó que se pasarían á sus enemigos en cuanto partiera, seducidos ó amenazados por ellos, enérgica disposición que admiró á sus tenientes, mas tal es el influjo del valor sereno, mesurado, decidido y tenaz que no encontró resistencia, y aquellas fuerzas entregaron sus armas á un general que meses antes era un pacífico abogado.

Cuentan los historiadores, según documentos comprobantes, que el pequeño ejército de Rayón en nada se parecía á las chusmas de Hidalgo... El espíritu perfectamente moralizador de este nuevo jefe hizo prodigios por instruir y disciplinar sus tropas, separando cuanto elemento malsano ó podrido podría encontrar... Así fué apartando á jefes ambiciosos, á bandidos que sólo iban con él por el medro del botín y del saqueo,